JOSÉ ROSAS

POESIAS

RAMO DE VIOLETAS

MURGUIA EDITOR MÉXICO

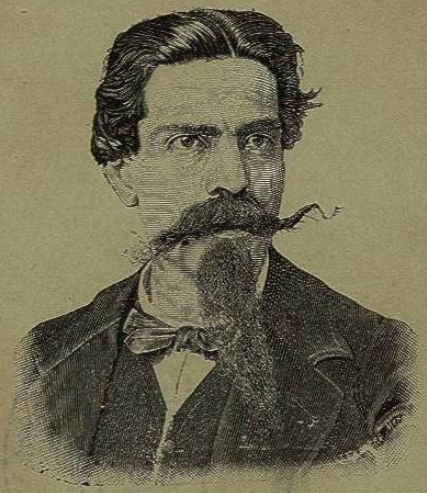
PQ7297
.R77
R3

97160

1020034714

CAPILLA ALFONSINA
UANL
FONDO
PEDRO REYES VELAZQUEZ

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.



JOSÉ ROSAS MORENO.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

RAMO DE VIOLETAS.

POESÍAS

DE

D. José Rosas Moreno,

Precedidas de una introducción

POR

IGNACIO M. ALTAMIRANO

y una biografía por

D. Francisco Sosa.

Primera Edición.

97160

MÉXICO.—1891.
Antigua Imprenta y Librería de Murguía,
Portal del Aguila de Oro Núm. 2.

José Rosas Moreno.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

RAMO DE VIOLETAS.

POESÍAS

DE

D. José Rosas Moreno,

Precedidas de una introducción

por

D. IGNACIO M. ALTAMIRANO

y una biografía por

D. Francisco Sosa.

Primera Edición.

97160

MÉXICO.—1891.
Antigua Imprenta y Librería de Murguía,
Portal del Aguila de Oro Núm. 2.

PQ7297
R77
R3

FONDO
PEDRO REYES VELAZQUEZ

La propiedad literaria de esta obra queda asegurada con arreglo á la ley de la materia, y nadie podrá reimprimir NI TODO NI PARTE de ella sin el permiso correspondiente.

INTRODUCCION.

(FRAGMENTOS DE UNA NECROLOGÍA PUBLICADA EN 1883.)

JOSÉ ROSAS no sólo fué un pensador, un escritor elegante y un educador, sino también un partidario activo, fiel á los principios liberales y honrado en su vida política.

Su biografía dirá minuciosamente cuáles fueron sus obras en la prensa de combate y cuáles sus trabajos en defensa de los principios, en la Representación Nacional, en las Legislaturas de los Estados y en las comisiones importantes que desempeñó.

Yo sólo quiero hablar del poeta, de sus obras, de su influencia en la educación pública, de sus esperanzas y de sus sufrimientos.

Más que como hombre político, José Rosas era conocido como poeta, y él mismo, aun al través de sus preocupaciones de otro género, nunca se consideró sino como poeta. Trabajando por su partido, versificaba; yendo á la Cámara de Diputados pensaba en sus silvas deliciosas; viajando á causa de motivos políticos forjaba el plan de sus dramas, ó encontraba en la contemplación de la Naturaleza las inspiraciones de Fray Luis de León.

Apartábase pensativo y distraído de los grupos del Congreso en que se urdían intrigas parlamentarias, y era que componía alguna dulce estrofa. Se necesitaba llamarlo á la vida real, instruirlo en dos palabras del asunto. Entonces reaparecía el político, brillaba un momento, discutía con lucidez y con calma, prestaba su contingente de voluntad y de acción, después de lo cual volvía á sumergirse en las espesas y dulces ondas del oceano poético en que vivía.

Soñador siempre, viviendo del ideal, fué consumiendo así los años más floridos de su juventud y entrando en la madurez hastiado por los desengaños y lleno de tristeza, al sentir el peso del infortunio con su triste cortejo de privaciones y de penas.

Alguna vez, nosotros le vimos derramar amargas lágrimas al ver sus esperanzas desvanecidas, al conocer el valor real de las amistades políticas, al contemplar el mundo tal como es, y no tal como lo había entrevisto en su candor de niño.

Porque José Rosas tenía alma de niño. Para político adolecía de ese defecto, que era una de las mejores cualidades para su inspiración poética, y merced á la cual hay tanta gracia en sus versos encantadores.

Pero en obsequio de la verdad, á pesar de sus desilusiones políticas y de los sufrimientos que soportó en los últimos años, lo que oscureció más esa alma buena y noble, lo que fué una tortura para ese corazón bondadoso y sensible, fué su desencanto literario. No porque cultivase la poesía para sacar provecho de ella; muy lejos de eso, buscaba en los goces íntimos que su cultivo produce, un consuelo para sus penas y un apoyo para su vida. Rosas como los verdaderos poetas, amaba la poesía por la poesía misma, por una inclinación irresistible y con una delectación inefable que solo constituía su recompensa y su tesoro.

Pero como los verdaderos poetas también, solía pensar en la gloria, en el renombre que dan las letras, que nada tienen que ver con el provecho egoísta, y que solo producen las puras satisfacciones que hacen feliz á una alma elevada.

Y Rosas desde muy temprano comprendió que el medio en que había nacido no era el más á propósito para la realización de su sueño

Amigo íntimo de Juan Valle, el joven Milton de Guanajuato, desde la juventud, y unido á él por los vínculos del culto á la poesía y de las esperanzas patrióticas, compartió con el ciego é infortunado vate el entusiasmo poético y la confianza en una era mejor para las letras, cuando llegase el triunfo definitivo de la República.

Al menos creyó en la simpatía pública hacia las almas generosas y grandes á quienes el numen sagrado parece señalar con la inspiración, como con una marca que debiera imponer el respeto y el afecto.

Y cuando vió á Valle, perseguido á pesar de su ceguera, arrastrado á una cárcel por los odios insensatos de la política, y obligado después á vagar proscrito, sin más recursos que la piedad de sus parientes y amigos, y cuando más tarde lo vió morir desamparado y abatido, lejos de su hogar y abandonado de sus compatriotas, debió creer que la única recompensa del poeta era la miseria y la ingratitud.

Pero en fin, aquél tiempo era de pasiones desencadenadas, era de odios y rencores que no respetaban ni la desgracia, ni la ceguera, ni

el genio. La causa de Valle abría en torno de él un abismo. Vendría la victoria, y entonces, la Patria, el reconocimiento público, la gloria, harían de la tumba del poeta un altar, y de su memoria un monumento de orgullo nacional.

Pero cuando vió que la indiferencia pública echaba sobre el sepulcro de su pobre amigo la pesada losa del olvido y de la ingratitud, Rosas acabó de desencantarse y de perder la fe en las promesas de la gloria.

Entonces se refugió en la poesía, como en un santuario íntimo é ignorado, y siguió, sacerdote apasionado, consagrándose á su culto, pero sin esperanzas.

Sin embargo, era joven, hallábase en el tiempo en que la duda no tiene el carácter pesimista y en que el desaliento no suele ser mas que un cansancio pasajero. En tal época, la palabra enérgica de un amigo, un acontecimiento inesperado, un círculo de gentes diverso, otra atmósfera social suelen cambiar las resoluciones y engendrar en los ánimos abatidos nuevas fuerzas para proseguir la senda abandonada.

La musa de Rosas era dulce y suave. Amaba las flores, los arroyos, las colinas y los cielos. Combatía como fray Luis de León, admirando lo bello y lo bueno y condenando lo malo y lo pequeño con su silencio. En ciertas almas poéticas el desdén ocupa el lugar del odio.

Así es, que Rosas, sin dejar por eso de trabajar en favor de sus ideas, se refugió en su admiración á la Naturaleza pidiéndole elocuentes lecciones que más tarde había de traducir en sus bellísimas fábulas, ó cantando sus prodigios en odas que no hubiera repulsado el gran poeta español.

Además, comenzó desde entonces á cultivar la poesía dramática. En 1861 hizo representar en los teatros de Guanajuato y León por la compañía Daza, su drama patriótico en tres actos "*Flores y Espinas*," que fué acogido con extraordinario aplauso, repitiéndose varias veces su representación tanto en ese año, como en el siguiente de 1862.

En este mismo año escribió una comedia en tres actos "*Nadie se muere de amor*," que se representó en el teatro de Guanajuato, siendo también muy aplaudida.

En 1863, se representó otra comedia suya en dos actos "*Una mentira inocente*" también en Guanajuato.

Estas piezas escritas en fluidos y sonoros versos, juntamente con algunas poesías lijeras, numerosos sonetos de sabor clásico y de odas tan dulces y correctas como las de los poetas españoles del siglo de oro, dieron á Rosas justa y merecida reputación, no sólo en aquel Estado central en que vivió, sino en toda la República.

Precedido, pues, de este renombre de poeta lírico y dramático, llegó á México, como Fernando Calderón, en otra época, contando de antemano con numerosas simpatías.

Habíanse organizado aquí aquellas reuniones conocidas con el nombre de *Veladas literarias* que presidían siempre Ignacio Ramírez, ó Guillermo Prieto, ó Manuel Payno, en que no había reglamento ninguno, ni formalidad de esas que imponen é intimidan, y en que eran recibidos con sumo afecto y hasta con entusiasmo todos los jóvenes que mostraban afición á la bella Literatura. Allí se leían capítulos de novela, odas, poemas, madrigales, sonetos, epigramas, romances, elegías, dramas y comedias, y se hacía la crítica de una manera que lejos de desalentar, estimulaba á los literatos y especialmente á los jóvenes.

Allí se presentó por primera vez, jovencito todavía, Justo Sierra á leer su *Playera* y su oda *A Dios*; Rafael de Zayas, también muy joven, recién llegado de Alemania y escribiendo todavía con germanismos, leyó algunas páginas de sus cuentos fantásticos y sus primeros versos: Esteban González sus odas y sus fábulas; Enrique de Olavarría, sus elegías sentidísimas; Juan Mateos, sus quintillas musicales; Peredo, sus composiciones llenas de ingenio y de donaire y modelos de corrección, ó sus elegías que parecían de Herrera; Joaquín Téllez, sus sonetos humorísticos; José T. de Cuellar, sus profundos *apólogos* y Luis G. Ortíz, sus composiciones tibulescas. Por último, allí se escuchaba en el debate familiar, la palabra sonora y chispeante de Pedro Santacilia, la observación magistral de Cardoso, la insinuación benévola de Anselmo de la Portilla, la defensa expresiva de Joaquín Alcalde, la elocuente aprobación de Martínez de la Torre, la improvisación de Guillermo Prieto, y la majestuosa crítica de Ignacio Ramírez, que constituía el juicio en la última instancia.

Serían ingratos verdaderamente los miembros de aquel grupo si no recordaran con placer tan bellos días. Entonces, bajo los auspicios de la paz pública, aunque afiliados en diversos partidos políticos, los que cultivaban las letras se estimaban y se consideraban unidos por el lazo fraternal de la común afición á los estudios de lo bello. Y serían insensatos los que pretendieran que de aquellas reuniones no resultó un adelanto positivo en los trabajos intelectuales de México. Podría reconocerse en la abundante bibliografía con que se enriqueció la publicidad en los años próximamente posteriores al de 1868, el influjo de aquel movimiento amistoso y eficaz.

José Rosas fué presentado en aquellas reuniones por Luis G. Ortíz y Antonio García Cubas, y desde luego se captó la amistad de todos.

Por fin estaba en su elemento, rodeado de amigos, que lo comprendían, que se arrebataban sus versos y que lo estimulaban.

Aunque mezclado por desgracia suya en la política y ocupando su asiento en la Cámara de Diputados, dió nuevo impulso á su actividad poética y su primer fruto fué además de un gran número de composiciones patrióticas y amorosas, su comedia en un acto "*Un proyecto de divorcio*" que se representó con aplauso en el Teatro Principal en 1868.

Pero se consagró principalmente por ese tiempo á reunir y completar sus *Fábulas* que forman en nuestro concepto, así como la más conocida, la más trascendental de sus obras, porque ella se dirige á la niñez, contribuye en gran manera á la ilustración del pueblo y siembra en el suelo fecundísimo del espíritu virgen, nobles y buenas ideas de progreso y de moral pura.

Presentó su colección á la Academia de Ciencias y Literatura recién establecida, y uno de los pocos trabajos que esta corporación llevó á cabo y que la honran, ha sido el estudio y aprobación de la importante obra de Rosas. Mediante ella, las *Fábulas* del distinguido poeta mexicano fueron aceptadas como texto para las escuelas de instrucción primaria de la República.

Las bellas fábulas de Rosas se repiten hoy en todas las escuelas de México, y forman, por expresarnos así el primer decálogo de moral que aprenden los niños. Es un gran triunfo para el poeta y basta para su gloria de pensador y de iniciador. Por ella, él se coloca entre los primeros. Sus ideas siguen y seguirán viviendo y fructificando.

Pero, aun dió cima á nuevas obras dramáticas. En 1872, se representó en México su comedia en tres actos *Los parientes;* después, su drama *Sor Juana Inés de la Cruz*, y su comedia en tres también, *El pan de cada día*, recibiendo aplausos pero ningún provecho pecuniario. Ya se sabe que esperar eso aquí, es pedir peras al olmo.

Quizá por tal causa no se decidió á hacer representar sus nuevas piezas, *El coronel Santibáñez* en dos actos, y *La mujer de César*, comedia en tres actos, que permanecen inéditas.

Ya en este tiempo (1875) el espíritu de Rosas se nublaba. El desencanto, la tristeza, la oscuridad de su porvenir lo preocupaban y lo abatían. Tenía una esposa á quien amaba, hijos que reclamaban su apoyo, veía rodeado de gloria su nombre; pero las privaciones de una situación penible que empeoraba cada día oscurecían su alma y lo desalentaban. Las letras en México son un potro de tormento. La política una navegación en mar proceloso. La poesía, la esperanza, los sueños de la imaginación habíanlo tenido embargado, alucinado. Despertaba repentinamente y se veía condenado á todas las amarguras de la realidad, á los peligros de un porvenir incierto y á las angustias de la miseria.

Y sin embargo, Rosas luchaba contra ella con todo el esfuerzo de un atleta que no quiere dejarse vencer, y pedía al trabajo los recursos necesarios para la vida y los consuelos indispensables para el alma. Por este tiempo escribió sus hermosísimos libros para la niñez, intitulados: "*Amigo de los niños.*" "*Ciencia de la Dicha.*"

"*Libro de la Infancia.*" "*Libro de oro de las niñas.*" "*Manual de Urbanidad.*" "*Recreaciones infantiles.*" "*Un viajero de diez años.*" "*Compendio de Ortología.*" "*Devocionario poético de los niños.*" "*Nuevo libro segundo*" y "*Amor filial,*" comedia en un acto y en prosa, "*El año nuevo,*" alegoría dramática en un acto y en verso, y "*Una lección de Geografía,*" juguete cómico en prosa.

Además, Rosas tenía un empleo de poca importancia en la Instrucción Pública del Estado de México, empleo que le trajo más disgustos que utilidades. Arrinconado en Toluca, vivió allí desconocido por algún tiempo y acosado por la tristeza y las enfermedades.

Por fin, estos sufrimientos fueron superiores á sus fuerzas. Otro carácter que el de Rosas se habría templado en la adversidad; la lucha con las dificultades de la vida le habrían hecho desplegar nuevas fuerzas y una energía inquebrantable para sobreponerse al desaliento. Al menos se hubiese abroquelado contra los pasajeros golpes de la suerte con la fría y estoica paciencia de las almas orgullosas, que es también una fuerza. Pero Rosas que era de bronce para sus convicciones, se sentía débil contra la fatalidad. No tenía las garras de Ayax para asirse á las rocas, azotadas por el mar, y *salvarse á pesar de los dioses!*

Su corazón poético y dulce había sufrido mucho. Además, las enfermedades físicas habían contribuido grandemente á su postración. Ellas fueron verdaderamente la gota que hizo rebosar el cáliz.

. . . . . .

He ahí, pues, que ha muerto un poeta dulce y amable, tan inspirado como bueno, honrado en las ideas políticas, y honrado y útil en sus versos.

Ha muerto, como mueren generalmente en México los literatos y los poetas, en la miseria y en la tristeza, como murió el *Pensador*, como murió Rodríguez Galván, como murió Fernando Orozco, como murió Florencio del Castillo, como murió Arróniz, como murió Ignacio Ramírez, como murió Orozco y Berra!

Y además de esta muerte en el abandono, aún sufren una desgracia póstuma. . . . . ¡el olvido!

¿Quién piensa en José Rosas sino sus antiguos amigos, sus hermanos en las penas y los trabajos literarios?

¡Ojalá que éste olvido sea pasajero!

Aquel joven y también infortunado poeta español Iza, había dicho:

"*La loca humanidad comprende tarde.*"

Si esto es verdad, vendrá tiempo en que se honre debidamente la memoria de uno de los mejores poetas con que México se ha enorgullecido en sus últimos años.

Y lo merece Rosas. El ha sido adorador de lo bello y de lo grande y ha sabido cantarlo en fluidos y armoniosos versos, dignos por su sencillez y su forma castiza de rivalizar con los mejores del Parnaso español. El ha hecho odas que tenían el sabor de las de Fray Luis de León, y sin la afectación de frase, ni los arcaísmos que los de otros han revelado luego la tosca urdimbre de la imitación. El se parecía al gran poeta, no porque lo imitaba, sino porque sentía como él.

Rosas, en sus piezas dramáticas, en sus comedias, hechas más bien á la manera de Eguílaz ó de Mariano Luis de Larra, abundaba en lirismo y en escenas convencionales, no tenía la vena aristofánica de Sardou que habría impreso en el ánimo público un recuerdo imperecedero con el retrato de la realidad contemporánea.

Pero en sus *Fábulas*, había sobrepujado al *Pensador* por la complexidad de los asuntos y por la galanura de la forma; ha sido más actual, más progresista y más poeta. Realmente Rosas es el *Lafontaine* de México.

Pudo tal vez abordar otra especie de *Apólogo*, el político, como ciertos fabulistas franceses ó ingleses, pero la invectiva, disfrazada ó no, repugnaba á su carácter noble y generoso.

Rosas no manchó jamás su pluma en la tinta venenosa de la diatriba, ni de la personalidad, ni profanó su dulce lira jónica con el acento desapacible de la sátira, así como no la degradó tampoco con los ditirambos de la adulación. Cantó la Libertad, pero jamás al Poder, aborreció lo malo, pero nunca zahirió á nadie, y sobre su humilde pero bendito sepulcro, no se arremolinan vengadoras las alegrías de nadie. Esta es una gloria santa y un honor raras veces concedido.

Sus poesías de otro género suscitaron siempre la admiración de los amigos de las letras, pero sus Fábulas, así como sus demás libros escritos para la niñez, son un título á la gratitud pública.

Si el Sr. Juárez descendiendo de su alto pedestal político hubiera tenido la grandeza de ánimo que tuvo el ilustre presidente de Honduras Marco Aurelio Soto, el otro día, cuando condecoró al poeta José Joaquín de Palma, y hubiese querido premiar la inspiración y los afanes útiles, habría hecho bien colocando en el pecho de José Rosas una medalla como el símbolo de la aprobación nacional, porque fué útil por haber puesto la poesía al servicio de la moral en las puertas de la infancia.

Pero no importa: los niños, balbuciendo los hermosos versos del ilustre poeta eternizarán su nombre en México, y cuando lleguen á la edad madura dirijirán sus ojos entercidos hacia la pobre tumba que allá en Lagos oculta las cenizas del que fué su primer Mentor en la niñez, y la colmarán de bendiciones.

IGNACIO M. ALTAMIRANO.